

# **Partido y clase // Amadeo Bordiga**

## **Partido y clase // Anton Pannekoek**

\*\*\*

### **Partido y clase (1921)**

**Amadeo Bordiga**



En las tesis sobre la función del Partido Comunista en la Revolución proletaria, aprobadas por el II° Congreso de la Internacional Comunista, tesis que se inspiran verdadera y profundamente en la doctrina marxista, se asume como punto de partida la definición de las relaciones entre partido y clase, y se establece que el partido de clase no puede comprender en sus propias filas más que a una parte de la clase misma - jamás su totalidad, ni quizás aún su mayoría.

Esta verdad evidente hubiera sido mejor puesta de relieve si se hubiera precisado que no se deberla ni siquiera hablar de clase cuando no existe una minoría de esta clase tendiente a organizarse en partido político.

¿Qué es, en efecto, según nuestro método crítico, una clase social? ¿La individualizamos nosotros acaso en una constatación puramente objetiva, exterior, de la analogía de

condiciones económicas y sociales de un gran número de individuos, y de las posiciones que ellos ocupan en el proceso productivo? Ello sería demasiado poco. Nuestro método no se para a describir el conjunto social tal cual es en un momento dado, a trazar en abstracto una línea que divida en dos partes los individuos que lo componen como en las clasificaciones escolásticas de los naturalistas. La crítica marxista ve la sociedad humana en movimiento, en su desarrollo en el curso del tiempo, con un criterio esencialmente histórico y dialéctico, es decir, estudiando el encadenamiento de los sucesos en sus relaciones de influencia recíproca.

En lugar de sacar - como en el viejo método metafísico - una instantánea de la sociedad en un momento dado, y luego trabajar sobre ella para reconocer así las diversas categorías en las cuales los individuos que la componen deben ser clasificados, el método dialéctico ve la historia como un film que desarrolla sus cuadros los unos después de los otros; y es en los caracteres sobresalientes del movimiento de los mismos que se debe buscar y reconocer a la clase.

En el primer caso caeríamos en las mil objeciones de los estadísticos puros, de los demógrafos - gente corta de vista por excelencia - que reexaminarían las divisiones haciendo observar que no hay dos clases, o tres, o cuatro, sino que pueden existir diez o cien o mil, separadas por graduaciones sucesivas y zonas intermedias indefinibles. En el segundo caso tenemos elementos bien diferentes para reconocer este protagonista de la tragedia histórica que es la clase, para fijar sus caracteres, su acción, sus finalidades, que se concretizan en manifestaciones de evidente uniformidad, en medio de la mutabilidad de un cúmulo de hechos que el pobre fotógrafo de la estadística registraba en una fría serie de datos sin vida.

Para decir que una clase existe y actúa en un momento de la historia, no nos bastará pues saber cuántos eran, por ejemplo, los mercaderes de Paris bajo Luis XVI o los *landlords* ingleses en el siglo XVIII, o los trabajadores de la industria manufacturera belga en los albores del siglo XIX. Tendremos que someter un periodo histórico entero a nuestra investigación lógica, encontrar en él un movimiento social, y por lo tanto político, el cual - a pesar de los altos y bajos, de los errores y éxitos a través de los cuales busca su vía - adhiere en forma evidente al sistema de intereses de una fracción de los hombres ubicada en ciertas condiciones por el modo de producción y por su evolución.

Así, Federico Engels, en uno de los primeros de sus clásicos ensayos de este método, sacaba de la historia de las clases trabajadoras inglesas la explicación de una serie de movimientos políticos y demostraba la existencia de una lucha de clase.

Este concepto dialéctico de la clase nos pone por encima de las pálidas objeciones del estadístico. El perderá el derecho de ver las clases opuestas como si estuviesen netamente divididas sobre la escena de la historia a la manera de las masas corales sobre las tablas de un escenario; él no podrá deducir nada contra nuestras conclusiones del hecho que en la zona de contacto acampan capas indefinibles, a través de las cuales tiene lugar un intercambio osmótico de individuos aislados, sin que por ello la fisonomía histórica de las clases en presencia sea alterada.

El concepto de clase no debe pues suscitar en nosotros una imagen estática, sino una imagen dinámica. Cuando distinguimos una tendencia social, un movimiento hacia determinadas finalidades, entonces podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Pero entonces existe, de manera substancial si no aún de manera formal, el partido de clase.

Un partido vive cuando viven una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento político y, por consiguiente, una organización de lucha. El primero es un hecho de conciencia, el segundo es un hecho de voluntad, más precisamente, de tendencia a una finalidad.

Sin estos dos caracteres nosotros no poseemos aún la definición de una clase. El frío registrador de datos puede, repitámoslo, constatar afinidades en las condiciones de vida de agrupamientos más o menos grandes, pero sin aquéllos dos ninguna huella se graba en el devenir de la historia.

Y esos dos caracteres sólo pueden encontrarse condensados, concretados en el partido de clase. Así como la clase se forma con el perfeccionamiento de determinadas condiciones y relaciones surgidas de la afirmación de nuevos sistemas de producción - como por ejemplo con la aparición de grandes establecimientos que utilizan una fuerza motriz, y que reclutan y forman una mano de obra numerosa -, la influencia de los intereses de tal colectividad comienza a concretarse gradualmente en una conciencia más precisa, que comienza a delinearse en pequeños grupos de la misma. Cuando la masa es empujada a la acción, son sólo estos primeros grupos, que poseen la previsión de un objetivo final, los que sostienen y dirigen al resto.

Este proceso debe ser concebido, cuando uno se refiere a la clase proletaria moderna, como concerniendo, no a una categoría profesional, sino a todo el conjunto de la clase, y entonces se ve cómo una conciencia más precisa de una identidad de intereses hace poco a poco su aparición, pero también que esta conciencia es el resultado de un complejo de experiencias y de nociones tal, que sólo puede encontrarse en grupos limitados que comprenden elementos seleccionados de todas las categorías. Y que la visión de una acción colectiva, que tienda a objetivos generales que interesan a toda la clase, y que se concentran en el propósito de cambiar todo el régimen social, sólo puede estar clara en una minoría avanzada.

Estos grupos, estas minorías, no son otra cosa que el partido. Cuando la formación del mismo ha alcanzado un cierto estadio -aunque sea seguro que ésta no avanzará jamás sin detenciones, crisis, conflictos internos- entonces podemos decir que tenemos una clase en acción. Bien que no comprende más que una parte de la clase, es sólo el partido quien le da la unidad de acción y de movimiento, porque agrupa aquellos elementos que, superando los límites de categoría y de localidad, sienten y representan a la clase.

Esto vuelve más claro el sentido de la verdad fundamental: el partido es sólo una parte de la clase. Quien, mirando la imagen fija y abstracta de la sociedad distinguiese allí una zona, la clase, y en ella un pequeño núcleo, el partido, caería fácilmente en la consideración que toda la parte de la clase, casi siempre la mayoría, que queda fuera del partido, podría tener un peso

mayor, un mayor derecho. Pero por poco que se piense que en esa gran masa restante los individuos no tienen todavía conciencia y voluntad de clase, que viven para su propio egoísmo, o para la categoría, o para la patria chica, o para la nación, se verá que para asegurar en el movimiento histórico la acción de conjunto de la clase, es necesario un organismo que la anime, la cimiente, la preceda, la encuadre - esa es la palabra - y se verá que el partido es en realidad el núcleo vital, sin el cual no habría más ninguna razón para considerar la masa restante como un haz de fuerzas.

La clase presupone el partido, porque para existir y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y un objetivo final que alcanzar en ésta.

La verdadera y la única concepción revolucionaria de la acción de clase consiste en la delegación de la dirección de la misma al partido. El análisis doctrinal, y un cúmulo de experiencias históricas, nos permiten reducir fácilmente a las ideologías pequeño-burguesas y antirrevolucionarias toda tendencia a negar e impugnar la necesidad y la preeminencia de la función del partido.

Si la impugnación está fundada sobre un punto de vista democrático, se la debe someter a la misma crítica que el marxismo utiliza para desbaratar los teoremas favoritos del liberalismo burgués.

Bastará para ello recordar que, si la conciencia de los hombres es el resultado y no la causa de las características del medio en el cual están obligados a vivir y actuar, la regla no será jamás que el explotado, el hambriento, el desnutrido, pueda convencerse que debe derribar y substituir al explotador bien nutrido y provisto de todos los recursos y poderes. Esto no puede ser más que la excepción. La democracia electiva burguesa corre al encuentro de la consulta de las masas, porque sabe que la mayoría responderá siempre a favor de la clase privilegiada y le delegará voluntariamente el derecho de gobernar y de perpetuar la explotación.

Lo que modificará las relaciones no es el hecho de introducir o de extraer del cómputo a la pequeña minoría de los electores burgueses. La burguesía gobierna con la mayoría tal no solo respecto a todos los ciudadanos, sino también en medio de los trabajadores solos.

Por lo tanto, si el partido hiciese de toda la masa proletaria el juez de las acciones e iniciativas que le incuben a él solo, él se sometería a un veredicto casi ciertamente favorable a la burguesía, y de todos modos siempre menos esclarecido, menos avanzado, menos revolucionario, y sobre todo menos dictado por una conciencia del interés verdaderamente colectivo de los trabajadores, del resultado final de la lucha revolucionaria, que el que sale exclusivamente de las filas del partido organizado.

El concepto del derecho del proletariado a disponer de su acción de clase no es más que una abstracción que no tiene ningún sentido marxista, que disimula el deseo de llevar el partido revolucionario a abrirse a capas menos maduras, pues a medida que esto sucede, las decisiones que surgen de ello se acercan cada vez más a las concepciones burguesas y conservadoras.

Si buscásemos las confirmaciones de esta verdad, no sólo en la investigación teórica, sino también en las experiencias que la historia nos ha dado, la cosecha sería riquísima. Recordemos que es un lugar común típicamente burgués el oponer el «buen sentido» de la masa a las «fechorías» de una «minoría de instigadores», el ostentar las mejores disposiciones hacia los trabajadores junto al odio más rabioso contra el partido, que es su único medio para golpear los intereses de los explotadores. Y las corrientes de derecha del movimiento obrero, las escuelas socialdemócratas, cuyo contenido reaccionario ha sido demostrado por la historia, oponen continuamente la masa al partido, y querrían reconocer a la clase en consultas más amplias que el marco restringido del partido, y cuando no pueden dilatar este último por encima de todo límite preciso de doctrina y de disciplina en la acción, tratan de establecer que sus órganos preeminentes no deben ser los designados por sus militantes exclusivamente, sino aquéllos cuyos miembros son elegidos por un cuerpo más vasto para ocupar cargos parlamentarios - y de hecho los grupos parlamentarios están siempre en la extrema derecha de los partidos de los cuales emanan.

Toda la degeneración de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, y el hecho que se volvían aparentemente menos revolucionarios que la masa no organizada, derivaba del hecho que perdían cada día más sus caracteres precisos de partido, justamente porque hacían obrerismo, laborismo, o sea, funcionaban no ya como vanguardias precursoras de la clase, sino como su expresión mecánica en un sistema electoral y corporativo donde se daba el mismo peso y la misma influencia a las capas de la propia clase proletaria menos conscientes y más dominadas por egoísmos. La reacción contra esta usanza, aun antes de la guerra, y particularmente en Italia, se desarrolló en el sentido de defender la disciplina interna del partido, de impedir el ingreso a él de elementos que no se situaban integralmente sobre el terreno revolucionario de nuestra doctrina, de combatir las autonomías de los grupos parlamentarios y de los órganos locales, de depurar las filas del partido de elementos espurios. Este método es el que se ha revelado como el verdadero antídoto del reformismo, y forma el fundamento de la doctrina y de la práctica de la III Internacional, la cual pone en primerísima línea la función del partido, centralizado, disciplinado, claramente orientado en los problemas de principio y de táctica, y para la cual «la bancarrota de los partidos socialdemócratas de la II Internacional no fue la bancarrota de los partidos proletarios en general», sino que fue, permítaseme la expresión, la bancarrota de organismos que habían olvidado de ser partidos, porque habían cesado de serlo.

Existe además otro tipo de objeciones contra el concepto comunista de la función del partido, ligado a otra forma de reacción crítica y táctica contra las degeneraciones del reformismo. Son las objeciones de la escuela sindicalista, la cual, en cambio, reconoce a la clase en los sindicatos económicos, y afirma que éstos son los órganos aptos para guiarla en la revolución.

También estas objeciones, en apariencia de izquierda, y que han tenido, luego del período clásico del sindicalismo francés, italiano y norteamericano, nuevas formulaciones por parte de tendencias que se encuentran en las márgenes de la III Internacional, son reducidas

fácilmente a ideologías semiburguesas, tanto por la crítica de principio como por la constatación de los resultados a los que han llevado.

Se quisiera reconocer a la clase en una organización que le es propia, que por cierto es característica e importantísima, y que está constituida por los sindicatos profesionales, de categoría, que surgen antes que el partido político, que agrupan masas mucho más vastas, y por lo tanto corresponden mejor a la totalidad de la clase trabajadora. Desde el punto de vista abstracto, un criterio semejante demuestra solamente un inconsciente respeto del mismo embuste democrático con el que cuenta la burguesía para asegurar su dominación invitando a la mayoría del pueblo a elegirse un gobierno. Desde otros puntos de vista teóricos, este método va al encuentro de las opiniones burguesas, cuando confía a los sindicatos la organización de la nueva sociedad, reivindicando los conceptos de autonomía y de descentralización de las funciones productivas que son los mismos que los de los economistas reaccionarios. Pero nuestra intención no es aquí la de desarrollar un examen crítico completo de las doctrinas sindicalistas. Bastará constatar - pasando al mismo tiempo a compulsar los resultados de la experiencia - que los elementos de extrema derecha del movimiento proletario siempre han hecho suyo el mismo punto de vista de poner en primer lugar la representación sindical de la clase obrera, sabiendo muy bien que así apagaban y atenuaban los caracteres del movimiento por las simples razones que hemos señalado. La propia burguesía tiene hoy en día una simpatía y una tendencia, en absoluto ilógica, por las manifestaciones sindicales de la clase obrera, en el sentido que - en su fracción más inteligente - ella iría con gusto al encuentro de reformas de su aparato estatal y representativo que diesen un gran lugar a los sindicatos «apolíticos», y aun a sus mismas solicitudes de ejercer un control sobre el sistema productivo. La burguesía siente que, mientras se pueda mantener al proletariado sobre el terreno de las exigencias inmediatas y económicas que lo conciernen categoría por categoría, se hace obra conservadora, al evitar la formación de aquella peligrosa conciencia «política» que es la única revolucionaria, porque pone la mira en el punto vulnerable del adversario: la posesión del poder.

Pero tanto a los viejos como a los nuevos sindicalistas no se les escapó el hecho de que el grueso de los sindicatos estaba dominado por elementos de derecha, que la dictadura de los dirigentes pequeño-burgueses sobre las masas estaba fundada, aún más que sobre el mecanismo electoral de los seudopartidos socialdemócratas, en la burocracia que encuadraba a los sindicatos. Y entonces los sindicalistas, y con ellos muchísimos elementos movidos solamente por un espíritu de reacción a los hábitos reformistas, se dieron al estudio de nuevos tipos de organización sindical, y constituyeron nuevos sindicatos independientes de las organizaciones tradicionales. Así como tal expediente era teóricamente falso, porque no superaba el criterio fundamental de la organización económica (es decir, el admitir necesariamente a todos aquellos que se encuentran en condiciones dadas debido a su participación en la producción, sin pedirles convicciones políticas específicas ni compromisos particulares para llevar a cabo acciones que podrían exigir incluso el propio sacrificio), y porque yendo tras el «productor», no lograba superar los límites de categoría, mientras que sólo el partido de clase, que considera al «proletario» en la vasta gama de sus condiciones y de sus actividades, logra despertar el espíritu revolucionario de la clase - del

mismo modo ese expediente sindicalista se reveló en los hechos insuficiente para alcanzar su objetivo.

Sin embargo, aun hoy en día no se cesa de buscar una receta similar. Una interpretación completamente errónea del determinismo marxista, un concepto limitado de la parte que tienen los hechos de conciencia y de voluntad, bajo la influencia originaria de los factores económicos, en la formación de las fuerzas revolucionarias, conduce mucha gente a perseguir un sistema «mecánico» de organización, que al encuadrar la masa - diría casi automáticamente - según ciertas relaciones dadas por la situación de los individuos que la componen respecto a la producción, se ilusiona con encontrarla sin más pronta a ponerse en marcha para la revolución, y con la máxima eficacia revolucionaria. Reaparece así la solución ilusoria que consiste en contar con una fórmula organizativa para ligar la satisfacción cotidiana de los estímulos económicos al resultado final del derrocamiento del sistema social, para resolver el viejo problema de la antítesis entre las conquistas limitadas y graduales y la realización suprema del programa revolucionario. Pero - como lo dijo con razón en una de sus resoluciones la mayoría del partido comunista alemán, cuando estas cuestiones eran particularmente candentes en Alemania (y determinaron la secesión del Partido Comunista del Trabajo) - la revolución no es una cuestión de forma de organización.

La revolución exige una organización de fuerzas activas y positivas, ligadas por una doctrina y por una finalidad. Capas importantes e innumerables individuos que pertenecen materialmente a la clase en cuyo interés triunfará la revolución, están fuera de esta organización. Pero la clase vive, lucha, avanza y vence, merced a la obra de aquellas fuerzas que ella ha hecho emerger de su seno en las vicisitudes de la historia. La clase parte de una homogeneidad inmediata de condiciones económicas que constituye el primer motor de la tendencia a superar, a quebrantar el sistema actual de producción; pero para asumir esta tarea grandiosa ella debe tener un pensamiento propio, un método crítico propio, y una voluntad propia que apunte a realizar los objetivos que la investigación y la crítica han señalado, una organización de combate propia que canalice y utilice con el mejor rendimiento sus esfuerzos y sus sacrificios. Todo esto es el partido.

*Traducción: Ediciones Programme n+1*

## Partido y Clase (1936)

### Anton Pannekoek



Estamos sólo en las fases más tempranas de un nuevo movimiento obrero. El viejo movimiento obrero está organizado en partidos. La creencia en los partidos es la razón principal de la impotencia de la clase obrera; por lo tanto, nosotros evitamos la creación un nuevo partido. No porque seamos demasiado pocos --un partido de cualquier tipo comienza con pocas personas--, sino porque un partido es una organización que apunta a dirigir y controlar a la clase obrera. En oposición a esto, nosotros mantenemos que la clase obrera sólo puede alzarse a la victoria cuando afronta de modo independiente sus problemas y decide su propio destino. Los obreros no deben aceptar ciegamente las consignas de otros, ni de nuestros propios grupos, sino que deben pensar, actuar y decidir por sí mismos. Por lo tanto, en este período de transición, los órganos naturales de educación y esclarecimiento son, en nuestra visión, los grupos de trabajo, los círculos de estudio y discusión, que se han formado por su propio acuerdo y que buscan su propio camino.

Esta concepción está en aguda contradicción con la tradición del partido como el medio más importante para educar al proletariado. Por consiguiente, muchos, aunque repudian a los partidos socialistas y comunistas, se resisten y se oponen a nosotros. Esto se debe, en parte, a sus conceptos tradicionales; después de ver la lucha de clases como una lucha de partidos, se vuelve difícil considerarla como puramente la lucha de la clase obrera, como una lucha de clase. Pero, parcialmente, este concepto está basado en la idea de que el partido juega, no obstante, un papel esencial e importante en la lucha del proletariado. Permítasenos investigar esta última idea más estrechamente.



Esencialmente, el partido es una agrupación de acuerdo con las visiones, las concepciones; las clases son agrupaciones según los intereses económicos. La pertenencia a una clase está determinada por el papel en el proceso de producción; la afiliación del partido es la unión de personas que están de acuerdo en sus concepciones de los problemas sociales. Anteriormente se pensaba, por razones teóricas y prácticas, que la contradicción desaparecería en el partido de clase, el "partido de los obreros". Durante el ascenso de la Socialdemocracia, parecía que ésta abarcaría gradualmente al conjunto de la clase obrera, en parte como miembros, en parte como simpatizantes. Ya que la teoría marxiana declaraba que intereses similares engendran puntos de vista y objetivos similares, se esperaba que gradualmente la contradicción entre el partido y la clase desapareciese. La historia demostró ser diferente. La Socialdemocracia siguió siendo una minoría, otros grupos de la clase obrera se organizaron contra ella, secciones se escindieron de ella, y su propio carácter cambió. Su propio programa fue revisado o reinterpretado.

La sociedad no se desarrolla de un modo continuo, libre de retrocesos, sino a través de conflictos y antagonismos. Con la intensificación de la lucha de los trabajadores, el poderío del enemigo aumenta también y asedia a los obreros con dudas y miedos renovados acerca de cuál camino es el mejor. Y cada duda acarrea divisiones, contradicciones y batallas fraccionales dentro del movimiento obrero. Es inútil deplorar estos conflictos y divisiones como dañinos por dividir y debilitar a la clase obrera, como si creasen una situación que no debería existir y que está haciendo a los obreros impotentes. Como se ha señalado a menudo, la clase obrera no es débil porque esté dividida, sino que está dividida porque es débil. Debido a que el enemigo es poderoso en tal medida que los viejos métodos de combate se demuestran inútiles, la clase obrera debe buscar nuevos métodos. Su tarea no se clarificará como resultado de una iluminación desde arriba; ella debe descubrir sus tareas a través del duro trabajo, a través del pensamiento y del conflicto de opiniones. Debe encontrar su propio camino; por consiguiente, la lucha interna. Debe abandonar las ideas caducas y las viejas ilusiones, y es de hecho la dificultad de esta tarea la que engendra divisiones de una magnitud y severidad tales.

Tampoco podemos engañarnos creyendo que este periodo de contienda de partido y disputa ideológica pertenece sólo a un período de transición como el actual, y que dejará paso a una unidad más fuerte que la de antes. Es cierto que, en el curso de la lucha de clases, hay ocasiones en las que todas las fuerzas se unen para un gran objetivo viable y la revolución es llevada adelante con el poderío de una clase obrera unida. Pero, después de eso, como después de cada victoria, vienen diferencias sobre la cuestión: ¿y ahora qué? Y aún si la clase obrera es victoriosa, siempre tiene que enfrentarse a tareas de la mayor dificultad: dominar ulteriormente al enemigo, reorganizar la producción, crear un nuevo orden. Es imposible que todos los trabajadores, todos los estratos y grupos, cuyos intereses están todavía lejos de ser homogéneos, vayan en esta fase a estar de acuerdo en todas las materias y a estar listos para la acción unitaria y decisiva ulterior. Sólo encontrarán el curso acertado después de las más agudas controversias y conflictos, y sólo así lograrán la claridad de ideas.

Si, en esta situación, personas con las mismas concepciones fundamentales se unen para la discusión de las perspectivas de acción, buscan la clarificación a través de discusiones y hacen propaganda de sus conclusiones, tales grupos podrían ser llamados partidos; pero serían partidos en un sentido enteramente diferente de los de hoy. La acción, la lucha de clases efectiva, es la tarea de las masas trabajadoras mismas, en su totalidad, en sus agrupaciones reales como la fábrica y los molinos, u otros grupos productivos, porque la historia y la economía las han puesto en la posición en la que deben y pueden librar la lucha de la clase obrera. Sería demencial si los seguidores de un partido fuesen a ir a la huelga mientras los de otro continuasen trabajando. Pero ambas tendencias defenderán sus posiciones, de sí a la huelga o de no a la huelga, en las reuniones de fábrica, dando así la oportunidad de llegar a una decisión bien fundada. La lucha es tan grande, el enemigo tan poderoso, que sólo las masas como un todo pueden lograr una victoria, la cual es el resultado del poder material y moral de acción, de la unidad y del entusiasmo, pero también de la fuerza espiritual del pensamiento, de la claridad. En esto reside la gran importancia de tales partidos o grupos basados en las opiniones: que ellos traen claridad con sus conflictos, discusiones y propaganda. Son los órganos de la autoclarificación de la clase obrera, por medio de los cuales los obreros encuentran su camino a la libertad.

Por supuesto, tales partidos no son estáticos e invariables. Cada nueva situación, cada nuevo problema, encontrará mentes divergiendo y uniéndose en nuevos grupos con nuevos programas. Tienen un carácter fluctuante y se reajustan constantemente a las nuevas situaciones.

Comparados con tales grupos, los partidos obreros actuales tienen un carácter enteramente diferente, ya que tienen un objetivo diferente: quieren tomar el poder para ellos. No apuntan a ser una ayuda a la clase obrera en su lucha por la emancipación, sino a gobernar ellos y a proclamar que esto constituye la emancipación del proletariado. La Socialdemocracia que surgió en la era del parlamentarismo concebía esta dominación como un gobierno parlamentario. El Partido Comunista lleva la idea de la dominación del partido a su extremo más pleno en la dictadura de partido.

Tales partidos, a diferencia de los grupos descritos arriba, deben ser estructuras rígidas con líneas de demarcación claras a través de fichas de afiliación, estatutos, disciplina de partido y procedimientos de admisión y expulsión. Pues ellos son instrumentos del poder --luchan por el poder, refrenan a sus miembros por la fuerza y buscan constantemente extender el alcance de su poder--. Su tarea no es desarrollar la iniciativa de los obreros; en lugar de eso, aspiran a entrenar a miembros leales e incondicionales de su fe. Mientras la clase obrera en su lucha por el poder y la victoria necesita de la libertad intelectual ilimitada, la dominación del partido tiene que suprimir todas las opiniones excepto la suya propia. En los partidos "democráticos", la supresión está velada; en los partidos dictatoriales es una supresión abierta y brutal.

Muchos obreros ya comprenden que la dominación del Partido Socialista o del Comunista será sólo una forma disimulada de la dominación de la clase burguesa, en la que la explotación y la opresión de la clase obrera continúan. En lugar de estos partidos, ellos urgen

a la formación de un "partido revolucionario" que realmente aspirase a la dominación de los obreros y a la realización del comunismo. No un partido en el nuevo sentido descrito más arriba, sino un partido como los de hoy, que luche por el poder como la "vanguardia" de la clase, como la organización de minorías conscientes, revolucionarias, que tomen el poder para usarlo para la emancipación de la clase.

Nosotros afirmamos que hay una contradicción interna en el término "partido revolucionario". Un partido tal no puede ser revolucionario. O no es más revolucionario de lo que lo fueron los creadores del Tercer Reich. Cuando hablamos de revolución, hablamos de la revolución proletaria, de la toma del poder por la clase obrera misma.

El "partido revolucionario" está basado en la idea de que la clase obrera necesita un nuevo grupo de dirigentes que venzan a la burguesía por los trabajadores y construyan un nuevo gobierno (nótese que la clase obrera no es considerada todavía apta para reorganizar y regular la producción). Pero, ¿no es esto tal y como debe ser? Como la clase obrera no parece capaz de la revolución, ¿no es necesario que la vanguardia revolucionaria, el partido, haga la revolución por ella? ¿Y no es esto cierto en lo que respecta a las masas que soportan el capitalismo de buena gana?

Contra esto, nosotros planteamos la cuestión: ¿Qué fuerza puede tal partido alzar para la revolución? ¿Cómo es capaz de derrotar a la clase capitalista? Sólo si las masas están detrás de él. Sólo si las masas se alzan y, a través de ataques de masas, lucha de masas y huelgas de masas, derrocan el viejo régimen. Sin la acción de las masas no puede haber revolución.

Pueden suceder dos cosas. Las masas siguen en acción: no se van a casa y dejan el gobierno al nuevo partido. Ellas organizan su poder en la fábrica y el taller y se preparan para conflictos ulteriores con el propósito de la derrota del capital; a través de los consejos obreros establecen una forma de unión para apropiarse de la dirección completa de toda la sociedad --en otras palabras, ellas prueban que no son tan incapaces de la revolución como parecía--. De necesidad, entonces, surgirá un conflicto con el partido, que quiere él mismo tomar el control y que ve sólo desorden y anarquía en la autoactividad de la clase obrera. Posiblemente, los obreros desarrollarán su movimiento y barrerán al partido. O el partido, con la ayuda de elementos burgueses, derrotará a los obreros. En cualquier caso, el partido es un obstáculo a la revolución porque quiere ser más que un medio de propaganda y esclarecimiento; porque se siente llamado a dirigir y gobernar como un partido.

Por otro lado, las masas pueden seguir con la fe en el partido y dejarle la plena dirección de los asuntos. Siguen las consignas desde arriba, confían en que el nuevo gobierno (como en Alemania y Rusia) establecerá el comunismo --y vuelven a casa y al trabajo--. Inmediatamente, la burguesía ejerce todo su poder de clase, cuyas raíces no han sido quebradas; sus fuerzas financieras, sus grandes recursos intelectuales y su poder económico en las fábricas y las grandes empresas. Contra esto el gobierno del partido es demasiado débil. Sólo a través de la moderación, las concesiones y la condescendencia puede mantenerse en el poder. Entonces se hace habitual la idea de que por el momento esto es todo lo que se puede hacer, y que sería una locura que los obreros intentasen forzar reivindicaciones

imposibles. Así, el partido, privado del poder de la clase revolucionaria, se convierte en un instrumento para el mantenimiento del poder burgués.

Dijimos antes que el término “partido revolucionario” era contradictorio desde un punto de vista proletario. Podemos decirlo de otra manera: en el término “partido revolucionario”, “revolucionario” siempre significa una revolución burguesa. Siempre que las masas derrocan un gobierno y entonces permiten a un nuevo partido tomar el poder, tenemos una revolución burguesa --la sustitución de una casta gobernante por una nueva casta gobernante--. Así fue en París en 1830, cuando la burguesía financiera suplantó a los terratenientes, y en 1848, cuando la burguesía industrial tomó las riendas; y de nuevo en 1871, cuando todo el cuerpo de la burguesía llegó al poder.

En la revolución rusa, la burocracia del partido vino al poder como la casta gobernante. Pero en Europa occidental y América la burguesía está mucho más poderosamente atrincherada en las plantas y los bancos como para que una burocracia de partido pueda empujarles a un lado tan fácilmente. La burguesía en estos países sólo puede vencerse por la acción reiterada y unitaria de las masas en las que ellas tomen los molinos y las fábricas y construyan sus organizaciones de consejos. En este caso, sin embargo, parece que la fortaleza real está en las masas que destruyen la dominación del capital en proporción a cómo su propia acción se amplía y profundiza.

Aquéllos que hablan de “partidos revolucionarios” extraen conclusiones incompletas, limitadas, de la historia. Cuando los Partidos Socialistas y comunistas se convirtieron en órganos de dominación burguesa para la perpetuación de la explotación, estas personas bienintencionadas concluyeron meramente que tendrían que hacerlo mejor. No pueden comprender que el fracaso de estos partidos se debe al conflicto fundamental entre la auto-emancipación de la clase obrera a través de su propio poder y la pacificación de la revolución a través de una nueva camarilla gobernante afín. Ellos piensan que son la vanguardia revolucionaria porque ven a las masas indiferentes e inactivas. Pero, si las masas siguen inactivas, es sólo debido a que no pueden comprender todavía el curso de la lucha y la unidad de los intereses de clase, pero sienten instintivamente el gran poder del enemigo y la inmensidad de su tarea. Una vez las condiciones les fueren actuar, afrontarán la tarea de la autoorganización y la conquista del poder económico del capital. Y una vez más, toda vanguardia autoproclamada que busque dirigir y dominar a las masas por medio de un “partido revolucionario” se estará revelando como un factor reaccionario por razón de esta misma concepción.

*Traducción: Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques, 2005*